

El cañu

M. Campa

Entre los juicios más repetidos sobre Asturias por cuantos viajeros llegaban aquí, desde los albores del Camino de Santiago, figuran los que se refieren a la incomunicación de “un territorio de muy difícil acceso y de caminos intransitables”. Pero, si escuchamos ahora a los empresarios asturianos que compiten fuera de la región, y que no se dedican a la caza de las subvenciones, podemos oír la misma queja: nuestras comunicaciones no están a la altura de los tiempos y nuestras empresas tienen que pagar un insoportable plus de incomunicación. Este secular aislamiento creó entre nosotros unos malos hábitos que dificultan cualquier innovación. Se trata de una situación parecida a la que los biólogos describen como el ecosistema de la laguna o de la charca. Cuando, en el pasado, en los días de mayor decadencia, llegaba a nuestra universidad algún profesor forastero, con pujos innovadores que rompían los hábitos más conservadores del alma mater, se decía: “hay que llevarlo a que beba en el cañu del Fontán”. Este rito tenía un significado saludable cuando se trataba de bajar los humos a pedantones engraidos, pero con frecuencia se utilizaba para ridiculizar el menor atisbo de cambio. Lo mismo que en la mitología griega, el forastero que, doblando el espinazo, bebía del cañu del Fontán olvidaba de repente todos los afanes y proyectos de su vida anterior y se integraba dócilmente en el inmutable espíritu de Vetusta. Ciertamente, la Universidad de Oviedo mejora hoy cada día, pero todavía falta superar totalmente la vieja inercia de un ecosistema caracterizado durante largo tiempo por la incomunicación. Todavía hoy, los mejores alumnos de la universidad tienen que irse, en su mayoría, no a formarse –lo que sería deseable–, sino a residir fuera de Asturias, en contra, muchas veces, de su voluntad, dada la falta de dinamismo de nuestro mercado laboral. “La trama parasitaria –se decía el pasado día 27 de mayo en un editorial de La Nueva España– no les deja sitio”.

Está muy justificado el temor de la Administración asturiana ante la proyectada privatización de la carretera del Huerna. Los problemas relativos a las comunicaciones no son, aquí, una dificultad más, sino uno de los grandes desafíos del presente. Además de perseverar en la lucha por superar las consecuencias sociales de la gran quiebra de una parte de nuestra producción industrial y minera, resulta imprescindible vencer el lastre secular de la incomunicación. No es de recibo –por citar un solo ejemplo– que el eje suroccidental de la región continúe con el mismo trazado de hace un siglo. Por otra parte, la plena incorporación a las nuevas tecnologías debe permitir –según los expertos– trabajar desde Asturias a numerosos universitarios cuyo deseo mayoritario es –después de salir fuera para completar su formación– vivir aquí con nuevos proyectos, pero en medio de nuestro viejo paisaje.

El síndrome de la incomunicación de la charca debe ser superado. Ya el viejo Columela denunciaba que “es pésima el agua pantanosa”. Los biólogos señalan que, en los ecosistemas incomunicados, suelen proliferar –cerca de los humanos– muchas especies arcaicas, y se pueblan de rinocerontes, elefantes y búfalos y, al lado, de mosquitos, chinches de agua, pulgas acuáticas y renacuajos.

¿Sigue teniendo vigencia que quien se inclina a beber en el cañu del Fontán renuncia al posible ridículo de todo proyecto innovador, resignándose a que todo siga como siempre?